

Dos Escenas de una Farsa para Niños

Francisco Espínola (hijo), el vigoroso cuentista y novelista de "Raza Ciega", "Saltoncito" y "Sombras sobre la tierra", es el autor del presente trapajo, especialmente escrito para CAMINOS.



CUADRO 1º

EN CASA DEL CARPINTERO

(Príncipe 10 años—Carpintero 70)

Carpintero. — (Abriendo la puerta)—¡Oh, el Príncipe aquí! ¿Qué deseáis, Príncipe?

Príncipe. — ¡Ando paseando. ¿Queréis que os visite?

Carpintero. — ¿Pero, cómo? ¡A mí! ¿Pero en esta casa... un Príncipe?

Príncipe. — ¡Yo soy un niño, señor! ¿No véis que soy un niño? (Entreabre los brazos como para hacerse ver mejor).

Carpintero. — (A tropezones) — Pero... ¡Oh! todo está tan desarreglado, tan sucio... ¡Un Príncipe... y yo tan...!

Príncipe. — ¿No me dejáis entrar? ¡Yo soy un niño!

Carpintero. — ¡Entrad, Alteza! Aquí todo está...

Príncipe. — (Observa la habitación. Luego clava con asombro los ojos en el anciano) — Señor, muchas veces, paseándome por el Salón Azul del castillo, pensaba en vos. ¡Aquella maravilla de tallas en madera, aquellos dragones terroríficos, aquellas flores que parecen vivas, aquellas sirenas de largas cabelleras...! Soñaba con vuestra casa, señor. ¿Cómo es que todo aquí es mezquino? No os ofendáis, señor. Por algo, es, seguramente, que no depende de vos. ¿Dónde están vuestras cosas? ¿Por qué sabiendo hacer obras tan bellas para otros, como las del Salón Azul, os rodeais de estos trastos miserables?

Carpintero. — ¡Porque soy pobre, señor!

Príncipe. — Se lo diré a mi padre y las pagará caras el que os hizo pobre. ¿Quién fué?

Carpintero. — Nadie.

Príncipe. — ¿Cómo, nadie?

Carpintero. — Yo nací pobre. Mis padres eran pobres.

Príncipe. — ¿Entonces hay quienes nacen pobres y quienes nacen ricos?

Carpintero. — Sí.

Príncipe. — ¡Dios mío! ¿Y por qué? (Pausa) ¿Y cómo no lo habéis preguntado?

Carpintero. — ¿A quién?

Príncipe. — A los ricos.

Carpintero. — No lo saben.

Príncipe. — A los sabios, entonces.

Carpintero. — Ellos tampoco lo saben.

Príncipe. — (Anonadado) — ¡Oh! (Larga pausa. El Carpintero, que da vueltas nervioso, se resuelve por fin a hablar).

Carpintero. — ¡Perdonad, idos, señor! ¡Ya es tarde! ¡Ya ha caído la noche!... ¡Yo!...

Príncipe. — Si queréis, me quedaré aquí. Tengo permiso. Encended luz...

Carpintero. — ¡Señor, no tengo luz!

Príncipe. — ¿Por qué, amigo?

Carpintero. — Hace ya mucho tiempo que no tengo trabajo...

Príncipe. — ¡Me queréis echar de vuestra casa! ¿Cómo no vais a tener trabajo si sois pobre... si vivís del trabajo?

Carpintero. — Niño mío, a veces los pobres no tenemos trabajo.

Príncipe. — ¿Estáis loco? ¿Y entonces?

Carpintero. — Entonces, dormimos a oscuras... y no... no... ¡niño mío... ¡entonces no comemos! (Rompe a llorar).

Príncipe. — (Acariciándolo) — ¡Dios mío, Dios mío! ¡No lloréis! ¡Yo no me iré de aquí! ¡Yo os acompañaré toda la noche! ¡Dios mío, Dios mío! ¡Y que oscuridad!...

CUADRO 2º

UNA SALA DEL CASTILLO

(Rey, 50 años — Reina, 40 años, y después, Paje, 10 años, y Príncipe)

Rey. — No te inquietes, reina mía. Nuestro hijo, el Príncipe, ha cumplido ya diez años, y es necesario que salga solo del castillo para que conozca todo con sus propios ojos. En eso no quiero preceptores. Que los seres y las cosas, en su sitio natural, sean sus maestros. Así fué mi niñez. El mundo me enseñó a ser lo que soy. En mi reino no existen las maldades de otros países. Quien sabe las cosas y los seres de fuera de las murallas del castillo no tengan ahora algo nuevo que enseñar. Si hablan, es a nuestro hijo a quien se dirigen. A nuestra edad, querida, no sabemos interpretar su lenguaje. Las cosas nuevas no son para los oídos de los viejos.

- Reina. — ¡Sí, pero tengo miedo! Solo mi Principito por los caminos, por las aldeas... Anoche no vino a dormir...
- Rey. — Pero, recién caída la noche, supimos que quedaría en casa del viejo carpintero Nicolás, hombre bueno como un santo, si los hay.
(Se oye una trompeta. El Paje entra corriendo).
- Paje. — El joven Príncipe entra al castillo.
- Rey. — ¡Oh, bien venido sea!
- Reina. — ¡Hijo querido!
(Salen el Rey y la Reina)
- Paje. — Si yo fuera Príncipe, me pasaría en una gran cámara donde habría bolsas de caramelos, bandejas de pasteles y frutas brillantadas. Y dormiría entre cojines de seda en vez de salir a pasar trabajos lejos del castillo...
(Entran el Rey, la Reina y el Príncipe. El Paje sale).
- Reina. — Hijo mío, ¿te divertiste mucho?
- Príncipe. — ¡Sí, madre! (Aparte) ¡No sé como tuve fuerzas para no llorar!
- Rey. — Bueno, hijo mío, como te levantaste temprano, tendrás apetito.
- Príncipe. — Sí, como me levanté temprano, tengo ganas de comer. (Aparte) ¡Tengo hambre porque en lo de mi amigo el Carpintero no había nada para comer!
- Rey. — (Golpea en un gong.—Al Paje que aparece) — Al Cocinero Mayor, que prepare enseguida, los mejores manjares. Y que tiendan la mesa en el Salón Azul.
- Príncipe. — (Abrazándose a las rodillas del Rey, desesperado). — En el Salón Azul, no! ¡En el Salón Azul, no!
- Rey. — ¡Cómo! ¿Por qué?
- Príncipe. — (Como loco) — ¡En el Salón Azul, no! ¡En el Salón Azul, no!

Francisco Espinola (hijo).

Quisiera ser la llama

Quisiera ser llama para elevarme en poderosísimas lenguas e ir en alas del viento.

En las noches de invierno en que la pobreza roe con más ardor algún tugurio miserable, quisiera servir de calor a esos seres ateridos de frío y hambre y cobijarlos bajo mi purpúreo manto protector.

Quisiera ser llama para formar parte del Dios Vulcano, de ese Dios rojo con aspecto de infierno.

Atenas L. Gómez.